

Con el saco auestas, paso a paso

Este Corresponsal y un amigo, olotense muy conocido, hace algunos días, uno detrás de otro, paso a paso, vivimos una jornada de caminante.

Desde remotas edades la familia humana, al igual que los otros seres inferiores, ha sentido el impulso de caminar para conocer más allá.

La actual civilización está dando un viraje radical a las costumbres. El cuerpo del hombre no hace esfuerzo alguno, las máquinas lo mueven todo. Los dos pies ya sólo sirven para acelerar y frenar, respectivamente. Los medios colectivos de locomoción transportan a los puntos más dispares multitudes programadas y domesticadas, dóciles a las agencias de viajes. Se viaja mucho pero sin contacto real con la naturaleza; el hombre de hoy siente la máxima preocupación para preservarse de hacer cualquier esfuerzo. Así sucede que la maravillosa máquina humana, valga la paradoja, está cada día más inmóvil. Salvo contados excursionistas, han pasado a la historia los andariegos.

El rugido del motor, como un río, se desborda por todas partes y martillea los nervios más templados, se ha adueñado de las carreteras y atemoriza al peatón.

Como mensaje de protesta contra la desenfrenada sociedad de consumo, vestidos pobremente, un saco a la espalda con la comida y un cayado en la mano, salimos a las 5'30 horas de Las Presas y llegamos a Gerona a las 20'30 horas. A trechos andábamos por la vía del desmantelado tren de Olot y otras veces arrimados a la carretera.

Fue una jornada llena de reflexiones y experiencias.

Al comenzar el camino una sinfonía de gorgoros saludaban el alba, los campos y los bosques mojados de rocío ofrecían un esplendoroso tapiz de colores y olores. Caminando por la vía, cubierta de hierba, sentíamos la nostalgia de aquel tren que en su nacimiento constituyó un acontecimiento y transportó en viaje triunfal a un Rey. Durante los años de vida fue una permanente fuerza expansiva a lo largo de su recorrido; ahora, el pobre, abandonado, ha muerto extraño a los que cada día saludaba con alegres silbidos.

El sol, levantado, acaricia rutilante hasta el fondo de las hondonadas de San Feliu y Las Planas donde un hilo plateado se desliza rumoroso, y viste de esplendor el manto vegetal de las montañas.

En contraste, la carretera está agitada por un continuo ruido de coches; en curvas y rectas los vehículos corren desesperados. Algunas veces el relincho del súbito frenazo aumenta el dramatismo que contrasta con la plazidez virgiliana del contorno. No hay duda, la avalancha dominguera de vehículos se impone y se desparrama por doquier para liberarse de la ciudad. Todas las clases humanas se integran a la nueva masa que crea costumbre.

Han cambiado tanto las cosas que dos hombres con el saco auestas haciendo camino, suscitan dentro de cada coche miradas de sorpresa, de risa, de lástima, de desprecio. Incluso los perros, también más civilizados, ya antes de vernos nos lanzan furiosos ladridos que contiúan hasta lejos.

¡Es sorprendente, precisamente en el corazón de una ruralía otrora ignorada y remota! Caminando alerta, pegados al borde de la carretera, metido el ruido de fondo a la cabeza, con cierta frecuencia presenciábamos adelantamientos suicidas, velocidades de locos. Parecía como si los vehículos fueran conducidos por extraños seres obsesionados. A pesar de llevar dentro todo el tesoro de una familia, nos daba la impresión de que la idiotéz conducía los volantes. Idiotéz que se re-

flejaba en algunos rostros contraídos, abstraídos.

Camino adelante, siempre vigilando, uno detrás de otro, rememorábamos otros tiempos. Evocábamos la línea blanca de la carretera engravada atravesando estos hermosos parajes, ofrecería la imagen de algunos grupos que iban de un pueblo a otro, el paso de la diligencia, tartanas de payeses, carreteros y arrieros de los bosques y la novedad de alguna bicicleta. Un tráfico lento, esforzado, lleno de posibilidades para recrear la vista.

Llegadas las vísperas de San Lucas, grupos de hombres conduciendo ganados desde San Gregorio, San Julián del Llor, de Bruñola y otros distantes, engrosaban la carretera, toda la noche animada de caminantes. Cuadrillas de bandoleros acechaban en lugares solitarios esperando grupos reducidos o rezagados. A la luz de las estrellas, con el asalto, se producía una epopeya. Tiros, gritos, peleas feroces, heridos, muertos y como rayos se disipaban los salteadores. Los sobresaltados payeses continuaban la andadura, agrupados y recelosos de cualquier sombra.

Con el sol de mediodía llegamos a Amer, mitad del camino. Lástima no poder detenernos a contemplar sus reliquias históricas, su gran plaza porticada y saludar al Sr. Junquera, moderno Pretor romano, equilibrada su energía en revalorizar el pasado y construir el futuro con un instituto, escuelas, grupos de viviendas acueductos, etc.

Por el atajo de San Julián del Llor vimos ruinas de la cavorca, del puente y de las minas construidas y explotadas por los antiguos. En Bonmatí nos volvimos para contemplar por última vez El Far, Plantadís, Santa Bárbara, Sant Roc, San Julián, Santa Brígida. Prosiguiendo el camino se proyecta la silueta de San Grau, arruinada la ermita. Siempre caminando se presentía el acercamiento a Gerona hasta perfilarse la silueta de Los Angeles y más adelante, en la abierta perspectiva del llano, despuntaba la catedral y la masa de la ciudad.

Desde la entrada de Salt hasta llegar a la plaza del Poeta Marquina, en Gerona, el agotamiento fue en aumento. Al fin alcanzamos el reposo en un rincón de un café de Gerona.

Personificando dos pobres caminantes hemos vivido con realismo reacciones diversas provocadas por nuestra presencia. ¡Hasta hermosos gestos de samaritana!

Mientras la televisión a todo volumen ofrecía el espectáculo de fútbol y de masas enardecidas, fanáticas de sus favoritos, comentábamos a modo de epílogo el rechazo de las miradas de los domingueros orondos y los ladridos a coro de los perros. Las mofas de unos mozalbetes aprendices a hippyes, las burlas de unos hombres, la negativa seca de una mujer al pedirle un vaso de vino.

En un pueblo, la dueña del café, mujer guapa y simpática, se interesó, nos obsequió y deseaba con nosotros evadirse del criterio de la clientela. Una chica rubia que alegraba la soledad de un inválido conversó amistosamente, nos acompañó hasta la carretera con bellas palabras: adiós peregrinos, la paz con vosotros. En Gerona, al cruzarnos con un amigo acompañado de otras personas, simuló no vernos.

Si le interesa, haga Vd. la prueba, regresará sacudido por muchas sorpresas.

Es triste pensar que hay millones de humanos andando con el saco auestas, en pleno siglo XX, marginados y arrollados por la sociedad inmersa de bienestar.